

Culpa, sublimación y perdón

M^a Josefa García Callado

RESUMEN: Este breve trabajo trata de hacer evidentes las semejanzas entre la dinámica de la sublimación tal como lo describe la teoría psicoanalítica y la dinámica del perdón tal como se presenta en el cristianismo. La ley psíquica que actúa en ambas, es la que permite que se produzca una *modificación en la pulsión*. Esta dinámica necesita ser aprendida por vía del otro mecanismo: la identificación con personal o comunidades que puedan transmitir tal actitud. A este propósito se hace referencia a Freud, M. Klein, Jung, Laplanche, Borobio... que en sus estudios, ya clásicos, analizan el tema.

SUMMARY: This work aims to show similarities between the dynamics of Sublimation, as expressed in the psychoanalytic theories, and the dynamics of Forgiveness as presented in Christianity. The law working in both human feelings moves the Ego to *alter its motivational drive*. This special dynamics is to be learned through a process of Identification: an experience shared with other people o communities who transmit it. Freud, Jung, M. Klein, Laplanche, Borobio are the classics sources to be referred to in an analysis of the theme.

Como nota previa conviene aclarar que las reflexiones aquí contenidas están extraídas tras haber sido observadas y compartidas en la experiencia de la clínica psicoanalítica. Determinados momentos de la evolución de algunas personas, dialogados en el espacio de la relación analítica, han podido ser atendidos y entendidos a la luz de la teoría de algunos maestros y ello permite encontrar semejanzas suficientes entre lo que se deriva de las enseñanzas religiosas y los objetivos de las ciencias de la salud mental.

Ilustrar estas reflexiones con citas de las mencionadas experiencias supondría desviarlas de la esfera de la privacidad y la confidencialidad en que transcurrieron. Aunque todas ellas han sido su verdadero motor.

El objetivo de este breve trabajo apunta hacia el tema del perdón con la intención de observar la participación humana en tan sorprendente dinámica, que podríamos considerar como el punto más evolucionado al que la intuición humana ha llegado en su relación con lo sagrado, llámese a esto dios, palabra o llámesele silencio.

Pensando a grandes líneas sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento es sorprendente descubrir cómo se organiza una religión en torno a una alianza, y a una alianza de doble direccionalidad. Yahvé quiere que el ser humano participe, y participe en grado de igualdad, en la reconstrucción de una relación rota. Yahvé no quiere perderle, puede más su amor que su cólera y se inventa el perdón para que la humanidad no se entregue a la desgracia y a la desesperanza. Contemplada

desde este punto, nuestra historia, podría parecer la historia del tiempo que un "pueblo" necesita para internalizar y hacer suya esta dinámica de perdón.

A PROPÓSITO DE LA CULPA

Parecía más atractivo y por eso hemos comenzado por esta alusión al Antiguo Testamento, pero seguidamente no tenemos más remedio que hacer una breve alusión al tema de la culpa.

No es hora de aburrir al auditorio repitiendo cosas ya sabidas acerca de las flaquezas, errores y destructividades humanas. Ellas son la causa del desarrollo de la ley. La conquista de la justicia, indudablemente, tiene que haber supuesto para la raza humana un proceso crudo y penoso: la ética es una función que en nosotros no está programada genéticamente al cien por cien, sino que tiene que abrirse camino entre lo que dimos en llamar *libre albedrío*, en abierta contradicción con nuestras tendencias egoístas o nuestras descargas de agresividad.

No queda del todo claro si lo que llamamos *conciencia moral* será más bien una abstracción, producto del desarrollo de la veloz capacidad evolutiva de nuestra raza. Lo que sí podemos asegurar es que *código ético*, *conciencia moral* y *conciencia de culpa*, se estructuran como un circuito de retroalimentación que trata de equilibrar la balanza de los excesos producidos por la otra ley, la del deseo, la venganza o el error social.

La justicia se instituye así como la obligada aceptación de una ley de todos y para todos. Una ley con mayúsculas cuantificará el valor material y moral de cualquier ofensa o delito, fijará el pago o la satisfacción y evitará desmanes en el seno de una sociedad. Con ello la ofensa queda lavada, la deuda saldada y la culpa tachada.

Sin embargo, en ocasiones, la estricta satisfacción que impone la justicia no deja tranquilas a las mentes. En las unas no desaparece el rencor, en las otras será como una primitiva sensación de mancha que parece haber dejado el espíritu invadido de residuos fantasmáticos los cuales no ha sido posible eliminar.

En estos casos son las religiones las que nos hablan de ritos expiatorios, peregrinaciones, jubileos, indultos concedidos gracias a mediaciones divinas. Todo ello, además de haber sido a veces la causa de fundación de ciudades, vías de comunicación, pactos políticos, organización de calendarios y demás fenómenos humanos. Para el trabajo del psicoanalista tiene un interés añadido porque nos ayudará a comprender una buena parte de los síntomas de los problemas psíquicos. El estudio de todo ello nos ha permitido descubrir *rígidos caracteres en la internalización de la ley*.

Es un criterio claro que donde hay angustia de culpa, hay rastro de culpa; quizás lejana, actuada o fantaseada..., algo prohibido se apoderó del psiquismo, y una ley no universal, sino individual y aumentada fantasmáticamente, convirtió aquello en una culpa también neurótica.

A nosotros nos corresponde la tarea de buscar cómo dejar esclarecidas las proporciones de la culpa y, por ende, las proporciones de la ley que la enjuicia, para liberar al sujeto de tamaña "posesión", y ayudarle a desarrollar otro sentido

de la ley. Una ley que otorgue el reconocimiento y la oportunidad de arreglar las cosas y caminar por otras vías.

Ello nos conduce a situaciones en las que las palabras *duelo*, *sublimación*, *reparación*, *perdón*, serán más que palabras, serán posiciones emocionales que el yo necesitará ir aprendiendo a desarrollar. *Duro aprendizaje que va más allá de la lógica equivalente de la justicia*. Quizás, no en vano, las religiones nos expliquen que hubo primero que aprenderlo de dios, que -parafraseando a Isaías-, "conoce y usa otros caminos que no son los nuestros".

A PROPÓSITO DE LA SUBLIMACIÓN

Llegados a este punto nos preguntamos: ¿qué procesos se ponen en movimiento en el ser humano para que pueda efectuar ese cambio en su dinámica interna?

La sublimación la vamos a encontrar primeramente en la exposición que Freud va desarrollando a lo largo de su obra sobre la sublimación. Después ha sido tema también estudiado por muchos de sus discípulos, pero nosotros vamos a referirnos tan sólo a dos de ellos: Melania Klein y Jung. Melania Klein lo tratará en sus estudios de la posición depresiva y la reparación, Jung en su estudio sobre el sacrificio.

La sublimación se nos presenta como una tarea del yo (tarea ingente a ojos del clínico) mediante la cual introduce modificaciones en la intensidad y en la calidad de la pulsión, de modo que consigue reconducirla hacia otros fines más elaborados que aquellos primitivos hacia los que se orientaba. La pulsión, que en estos casos adquiere la categoría de pasión -pues hace al yo padecerla- tendría como fin originario poseer algo como objeto del deseo, o destruirlo para eliminar el dolor y la frustración que produce su existencia, su ausencia o sus ataques.

El primer destino de esta pasión será la represión, pues tal cual es, supone delito en sí. De modo que la fantasía que la represente residirá en las sombras de lo inconsciente, generando una angustia ligada a síntomas nemóticos, en los cuales, como decíamos anteriormente, adivinamos una ley particular y feroz.

Si el yo quiere zafarse de esta tiranía no tiene otro camino que el de dilatar los límites de su tolerancia de la frustración, hacer suyos valores de más alto contenido social, moral o cultural y encauzar hacia ellos gran parte de la energía contenida en la pulsión.

Tiene que hacerlo, además, sorteando peligrosas trampas, como sería incurrir en idealizaciones, formaciones reactivas o inhibiciones.

Este nuevo destino para la libido ya podrá permanecer en el terreno de lo consciente y se situará en el mundo externo de lo real-social-cultural.

En terminología freudiana podremos decir que una sublimación auténtica consigue una *desinversión de la libido del ello consciente* y una *conversión en libido de la conciencia*.

Así como Freud pensó fundamentalmente en la pulsiones sexuales -en mayor medida que en las fanáticas- por considerar a las primeras más capaces de plasticidad, de parcelamiento y disponer de mayor ángulo de desplazamientos, Melania Klein, en cambio, centrará sus estudios desde el principio sobre la

dramática necesidad del yo, si quiere conservar su integridad para hallar contención y adecuada solución a las pulsiones destructivas, con el objeto de conducir al yo hacia posiciones de concordancia y creatividad.

La identificación

¿Dónde encuentra el yo las fuerzas que necesita para efectuar este cambio? Melania extenderá ante nosotros una compleja teoría sobre la identificación de la cual nosotros entresacamos lo que nos es útil aquí para comprender el fenómeno: mediante las identificaciones positivas con aspectos buenos de los seres amados, éstos acaban siendo tomados como modelos. La identificación permite participar de su fuerza sin necesidad de poseerlos, y esto, como un primer aprendizaje, le mostrará cómo contener la rabia con que los destruirá cuando estos mismo seres le muestren sus aspectos frustrados. El estudio de los procesos de identificación abre a nuestros ojos la contemplación de los primeros pasos del desarrollo de la identidad como seres sociales. Es sobre la base del complejo entramado de las identificaciones básicas como se construye identidad. El conjunto de significados y valores de un individuo tiene como referentes originarios los afectos y las fantasías que entraron en juego en sus primeras relaciones identificativas. Si bien es cierto que éstas se van modelando a lo largo de la vida. Son como matrices que se hallan presentes en todos los cambios importantes de su vida afectiva y, por tanto, en sus sublimaciones.

Es imposible sublimar "a solas" si no se es inducido, orientado y acompañado por la fuerza de elementos positivos en la relación con imagos interiorizados.

La sublimación así entendida ayudará al yo a efectuar sus tareas restitutivas: reparar en el terreno de la relación, los efectos destructivos que haya podido depositar (la ira, el odio, la envidia, la venganza... etc.) y librarle del retorno fantasmático de la culpa y de la ley particular.

Para Jung -interesado en la naturaleza religiosa del psiquismo- la sublimación toma nombres religiosos y lo llamará sacrificio. El sacrificio es una tarea necesaria para que el yo discurra por los cauces de su propia individuación. Sus dependencias infantiles le retienen atrapado por la fantasía narcisística de ser una especie de Hijo Divino, lo cual le convierte en un *puer aeternus*. Los placeres compensatorios de esta dependencia han supuesto para el yo el peligro de la alienación. Para conseguir ser él mismo necesita morir a esos placeres, y ése es el drama que subyace a la simbólica del sacrificio.

También aquí habrá ayudas pues siempre encontrará en su mundo simbólico figuras auxiliares: ninfas, soplos, ancianos, dobles, animales arquetípicos, todos ellos representantes de lo que él llama *ánima* o *ánimus positivos*, portadores de recursos que el yo deberá movilizar para seguir el camino de la propia individuación.

A PROPÓSITO DEL PERDÓN

Comprender la dinámica de la sublimación resulta fundamental para comprender la dinámica del perdón.

Es importante hacer una aclaración previa: el perdón aquí siempre será tratado en términos de bipolaridad, algo así como la moneda de dos caras, una de las cuales representa el hecho de perdonar y la otra el hecho de ser perdonado.

Es la dicotomía de una situación en la que el ser humano ha de encontrarse. Ambas oportunidades se le van a plantear en la vida, y para ambas necesita el mismo tipo de valoración psíquica.

El perdón plantea al sujeto un doble posicionamiento pasivo-activo. Sólo creará en un perdón real si se sabe capaz tanto de esperarlo como de otorgarlo.

En ambos casos el perdón nunca deberá ser entendido como victoria, sino como rendición: significa un sacrificio para la *hibris*, la llamada pasión del orgullo. Dar satisfacción a determinadas pasiones supone una tarea agotadora para el yo, cuyo momento más inteligente es, por fin, el momento de abandonar. Transformar toda esa energía, integrarla y orientarla sobre otros fines.

Si encuentra en el conjunto de sus identificaciones los apoyos necesarios internos o externos, ha de rendirse, renunciar a la ley estricta para empezar un otro camino, quizás menos pragmático, pero más libre y creativo. Libre porque ya no será el deseo quién conduzca al yo, sino el yo quién lo administre. Creativo porque dejará de discurrir por los caminos de la compulsión de repetición y podrá disponer de sus recursos para organizar nuevas tareas.

Con respecto a la vivencia del tiempo, la dinámica del perdón representa la llave de un tiempo nuevo: quedan canceladas culpas y rencores: nada deberá quedar retenido por la represión en el inconsciente. El pasado deja de ser la cárcel del presente y por tanto se disuelve la compulsión de repetición. La compulsión de repetición ahoga al yo en el sentimiento de atemporalidad: no consigue sentir que fluye en un transcurso vital con orientación de cambio y de futuro. La posibilidad de cancelación supone toda una revolución en las posiciones vitales del sujeto. Supone volver a ser e ingresar en el orden secuencial del tiempo. En cuanto a sus efectos supone la recuperación de sentimientos tan importantes como la esperanza y la gratitud.

Libertad, creatividad, tiempo, esperanza, gratitud... Quizás el gran acierto de algunas religiones, y desde luego de la cristiana, estriba en proponer una dinámica tal que permita recuperar al individuo o al grupo para el tiempo, para la construcción de tareas en este mundo, restándole de la improductiva atemporalidad de las situaciones estancadas en la deuda, la culpa, o el rencor.

No es tarea fácil: la realidad de la guerra, por una parte y la realidad de los trastornos psíquicos por otra, nos lo hacen recordar. Pero es tarea necesaria.

Bien sea porque Dios lo ofrece, lo ordena y lo enseña (el donante se convierte en modelo: identificación) y la justicia lo van haciendo evolucionar (desarrollo), bien sea porque el psicoanálisis ayuda a rescatarlo (terapéutica), el hecho del perdón se nos presenta como un punto clave en la reconstrucción del derecho a la vida y del derecho a ocupar un lugar digno en la relación con los otros.

Determinado momento de un proceso no puede continuar si no se encuentra con la ruptura de la vieja ley.

Y todo hace pensar que todo es así también en nuestra historia colectiva si queremos que nuestra ciénaga se convierta en un mundo digno de ser habitado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- S. Freud, *Obras completas*, Madrid, 1974, ed. Nuevo s. XXI.
Ensayos sobre teoría sexual.
Introducción al narcisismo.
El yo y el ello.
Instintos y sus destinos.
Malestar en la cultura.
- C.G. Jung, *Símbolos de transformación*, Buenos Aires, 1962, ed. Paidós.
El libro de la transferencia, ed. Paidós.
- C.G. Jung, *Psicología y alquimia*, ed. Plaza y Janés.
Arquetipos e inconsciente colectivo, ed. Paidós.
- M. Klein, *Obras completas*, Buenos Aires, 1977, ed. Paidós.
Importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo.
El desarrollo de la conciencia.
Situaciones tempranas de ansiedad y su efecto en el desarrollo ulterior.
Envidia y gratitud.
Amor, odio y reparación.
- J. Laplanche, *Problemáticas*, ed. Amorrortu.
- P. Fernández Villamanzo, *Frustración pulsional y cultura en Freud*, Salamanca, 1982, Biblioteca Salmantina.
- C. Floristán-J.J. Tamayo, *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Madrid, 1993, ed. Trotta.